¿Más ricos o más felices?

More rich or more happy?

microscopio del arte y la cultura

¿Sabe usted con certeza donde queda Bután? Este pequeño estado budista, junto con Costa Rica y otros países pequeños, lidera el *ranking* de las naciones más felices del planeta.

Todo comenzó anecdóticamente en la década de los setenta, cuando el rey de Bután, un país enclavado en lo más profundo del subcontinente indio, a los pies del Himalaya, cuya población no sobrepasa los 700.000 habitantes y con un producto interno bruto que ascendió en 2010 a la irrisoria cifra de 1.516 millones de dólares, decidió que el progreso social y la calidad de vida de su pueblo ya no se medirían más por el producto interno bruto, ni por el ingreso *per capita*, sino por un nuevo indicador social que denominó la felicidad interna bruta.

Es la época de la guerra fría, y el *slogan* de los grandes bloques era crecer, crecer y crecer, de modo que el gesto de un país atrasado y remoto pasó completamente inadvertido.

El nuevo rey, Jigme Namgyel Wangchuck educado en Oxford, continuó esta tarea, convenciendo de paso a sus súbditos, sin que ningún bombardeo externo lo conminara a hacerlo, que la democracia parlamentaria era mejor sistema político que la monarquía.

Con la ayuda de expertos de Canadá, se elaboraron los indicadores para medir el bienestar del pueblo, los que incluyeron ocho tributadores generales de la felicidad, a saber: salud física, mental y espiritual, uso equilibrado del tiempo, vitalidad social y comunitaria, vitalidad cultural, educación, estándar de vida y vitalidad ecológica.

Desde entonces, el estudio económico de la felicidad se ha puesto de moda en occidente; rigurosos métodos de medición del bienestar subjetivo fueron desarrollados, entre ellos el método del premio Nobel de Economía Daniel Kahneman, publicado en la revista *Science* en 2004, el que ha abierto todo un campo de desarrollo en la psicología económica.

El punto central ha sido la crisis global, y lo que se ha denominado “más allá del producto interno bruto”. Actualmente, muchos economistas se han puesto de cabeza a elaborar nuevos indicadores de desarrollo, siguiendo la opinión de Thomas Friedman quien escribió: “Si vamos más allá de los límites habituales del análisis de nuestra crisis económica, debemos hacer esta pregunta radical: ¿No será acaso que la crisis de 2008 representa algo mucho más profundo que una recesión, y que lo que nos ha demostrado es que todo el modelo de crecimiento que creamos en los años cincuenta es insostenible en términos económicos y ecológicos y que ese año nos estrellamos contra la pared, y tanto el mercado como la naturaleza dijeron nada más?”.

Como sucedió con el Titanic, los líderes mundiales han reaccionado tarde, pero han reaccionado. Tanto David Cameron, primer ministro del Reino Unido, como Nicolás Sarkozy, en medio de la crisis económica y social, han propuesto elaborar nuevos indicadores de bienestar social, este último con la colaboración de otro premio Nobel de Economía, Joseph Stiglitz, uno de los economistas más influyentes del momento, y un crítico tenaz del producto interno bruto como indicador de desarrollo económico.

En 2007 el profesor de la Universidad de Leicester, Adrian G. White publicó un artículo llamado: “Una proyección global del bienestar subjetivo”, que incluyó el primer mapa mundial de la felicidad. Recopiló información de la UNESCO, la Organización Mundial de la Salud, y hasta de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos. Los aspectos que más se relacionaron con bienestar subjetivo fueron acceso a la salud, bienestar social y educación. En su *ranking*, Dinamarca, Suiza y Austria aparecían como los países con mejor indicador de bienestar subjetivo en tanto que

Bután y Costa Rica ocupaban un honroso octavo y décimo tercer lugar, respectivamente. Estados Unidos, el país más rico del mundo, ocupaba el lugar 23, Alemania el 35, el Reino Unido el 41, Francia el 62, China el 82 y Japón el 90.

Pero faltaba resolver un punto crucial: el impacto sobre el ambiente que el bienestar de estos países provocaba; es decir, faltaba una medida de eficiencia de la felicidad. Somos felices, pero ¿cuál es el costo para nosotros y para el mundo?

Un grupo de economistas elaboró entonces un nuevo índice, y un nuevo mapa, pero esta vez llamado el mapa de la felicidad del planeta.

Desarrollaron una fórmula aparentemente simple: expectativa de vida por años de vida feliz, en relación al impacto ecológico global necesario para sostenerlo.

El índice publicado en 2009 por la Fundación para la Nueva Economía, ubica a Costa Rica como el país que más contribuye tanto a la felicidad de sus habitantes como a la del planeta, por su expectativa de vida al nacer, su índice de satisfacción con la vida y el bajo impacto ambiental y bajo consumo de recursos necesarios para mantenerlo.

Dinamarca cae al lugar 105 y los Estados Unidos al 114, en tanto que Bután mantiene un digno décimo tercer lugar.

Para los nuevos economistas la meta final de desarrollo no es ser más ricos, sino contribuir a una sociedad en que sus habitantes vivan bien, por largo tiempo, especialmente felices, y con el menor costo ambiental posible.

Bután queda bastante lejos, pero al parecer, vale la pena conocerlo.

Referencias

- 1.- Abdallah S, Thompson S, Michaelson J, Marks N, Steuer N. The Happy Planet Index 2.0. New economics foundation 2009. London. Disponible en <http://www.happyplanetindex.org> (accedido el 25 de octubre 2011).
- 2.- Kahneman D, Krueger A, Schkade D, Schwarz N, Stone A. A survey method for characterizing daily life experience: The day reconstruction method. *Science* 2004; 306: 1776-80.
- 3.- White, A. (2007). A global projection of subjective well-being: A challenge to positive psychology. *Psychiatry* 2007; 56: 17-20.

Ernesto Payá G.
Hospital de Carabineros

Figura 1. *Slogan* sobre la felicidad interna bruta en la Escuela de Artes Tradicionales de Timpu, capital de Bután. Fotografía de Mario Biondi, 2010